

Antonio Candido y Silviano Santiago: puntos de encuentro teóricos entre la literatura y las ciencias sociales desde la crítica literaria brasileña

Antonio Candido e Silviano Santiago: pontos de encontro teórico entre a
Literatura e as Ciências Sociais a partir da crítica literária brasileira

*Antonio Candido and Silviano Santiago: theoretical meeting points between
Literature and Social Sciences from Brazilian literary criticism*

AUTOR

Oscar Alejandro
Reséndiz
Delgado*

rdaoscar@outlook.com

* Licenciatura en
Ciencias de la
Comunicación y
Periodismo de la
Universidad Autónoma
de Querétaro (México).

RESUMEN:

Los puntos de encuentro entre la literatura y las ciencias sociales son inevitables. Debido a esto, es necesario estudiar esas zonas fronterizas para comprender las diferentes formas en que estos campos de estudio se relacionan, colaboran o discuten. En este sentido, integrar en la discusión autores de todos los lugares se vuelve tarea urgente, en especial cuando se trata de un espacio con una tradición crítica tan importante como Brasil. Así, la obra de Antonio Candido y Silviano Santiago se convierten en voces que pueden ayudar a dilucidar nuevas posibilidades en esta compleja relación interdisciplinaria. Este artículo presenta y discute algunos de los aportes más significativos de los autores antes mencionados con relación a la zona fronteriza entre la crítica literaria y las ciencias sociales, esto con la intención de explorar su visión sobre el problema y algunas de sus posibles áreas de desarrollo.

RESUMO:

Os pontos de encontro entre a Literatura e as Ciências Sociais são inevitáveis. Por isso, é necessário estudar essas áreas de fronteira para compreender as diferentes formas como esses campos de estudo interagem, colaboram ou dialogam. Dada a importância da tradição crítica literária no Brasil, torna-se relevante incluir na discussão autores das diferentes áreas de conhecimento. Assim, as obras de Antonio Candido e Silviano Santiago podem ajudar a elucidar novas possibilidades nessa complexa relação interdisciplinar. Este artigo apresenta e discute algumas das contribuições mais significativas dos autores citados em relação à área de fronteira entre a Crítica literária e as Ciências Sociais, com o intuito de explorar sua visão sobre o tema e alguns de seus possíveis desdobramentos.

ABSTRACT:

The meeting points between literature and social sciences are inevitable. Because of this, it is necessary to study these border areas to understand the different ways in which these fields of study interact, collaborate, or discuss. In this sense, integrating authors from all places into the discussion becomes an urgent task, especially when it comes to a space with a critical tradition as important as Brazil. Thus, the work of Antonio Candido and Silviano Santiago become voices that can help elucidate new possibilities in this complex interdisciplinary relationship. This article presents and discusses some of the most significant contributions of the authors in relation to the border area between literary criticism and social sciences, to explore their vision of the problem and some of its possible areas of development.

1. Introducción o de los puntos de encuentro sin explorar

Beatriz Sarlo (1983), una de las personalidades más importantes de la crítica literaria argentina, escribió en su texto *Literatura y Política* que «Una sociedad habla, entre otros discursos, con el de la literatura» (p. 9). En otras palabras, lo que propone Sarlo es que la literatura se comunica con la sociedad, transmite información social relevante, se alimenta de ella y produce conocimiento sobre los temas que trata. Así, la literatura y la crítica literaria se posicionan como otra forma de conocer el mundo, una perspectiva más allá de lo puramente verificable que nace de lo real y regresa a ello a través del tratamiento estético. Sin embargo, esta postura, si bien es cierto que no es algo nueva, sigue siendo relevante para repensar el lugar que ocupan la literatura y las ciencias sociales en el mundo contemporáneo.

Existen varias zonas fronterizas entre la literatura y las ciencias sociales, pero siempre han existido barreras entre estos campos del conocimiento, producto de la distancia provocada por la división entre disciplinas. A pesar de esto, desde los principios de la disputa antes señalada, varias propuestas teóricas han estudiado estos puntos de encuentro. La revista *Andamios*, especializada en ciencias sociales y editada por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), hace unos años dedicó uno de sus números a comentar este tema bajo el título de *Espacios fronterizos: Literatura y Ciencias Sociales* (2011), en cuya presentación se comentó que «En América Latina, donde persisten de diversos modos los estudios tradicionales en torno a la literatura, es fundamental apreciarla desde otros horizontes, situando la mirada a partir de otro lugar» (*Andamios*, 2011, p. 7). Lo anterior da a entender que aún hay mucho por discutir y varios puntos por dilucidar, a pesar de los esfuerzos de varios teóricos por recorrer estos espacios fronterizos.

En este sentido, al cuestionar los límites clásicos entre estos campos se puede acceder al conocimiento de lo social: «explorar lo político, lo histórico o lo social, no en los discursos de los sujetos o las condiciones que los aquejan, sino en el modo en que se representan tales fenómenos literariamente, en términos formales y estéticos» (*Andamios*, 2011, p. 7). Estudiar la literatura y la sociedad en su conjunto, lejos de empobrecer el trabajo de críticos y científicos puede ser un espacio de oportunidades para comprender de mejor forma cómo se construyen las representaciones sociales, cómo se relacionan los seres humanos con las ficciones que condicionan sus vidas, en fin, cómo interactúan los imaginarios sociales con las vidas sobre las que se forman.

Ahora bien, como ya se comentó anteriormente, existen, hoy en día, resistencias para afrontar estos hechos: «La perspectiva no es novedosa, pero por desgracia en América Latina (y específicamente en México) es verdaderamente marginal (...) porque concebimos a la literatura como invención pura y radicalmente autónoma» (*Andamios*, 2011, p. 7). Pero, por fortuna, siempre hay disidencia: «distintas corrientes de pensamiento que tienen como objeto el análisis de textos, han intentado explorar esos territorios de frontera para vincular literatura y ciencia social, poniendo en duda y quebrantando las formas tradicionales de hacer interpretación literaria» (*Andamios*, 2011, p. 8). Este es el problema (y principal justificación de este artículo): que, a pesar de los trabajos interdisciplinarios y la crítica literaria animada a romper con los preceptos clásicos, aún no hay suficiente investigación que ilustre los puntos de encuentro teóricos entre la literatura y las ciencias sociales.

Así, este trabajo nace de la motivación de que «La salida posible de este inconveniente es la constante interpretación, contrastación y traducción de los supuestos, conceptualizaciones y herramientas de cada perspectiva» (*Andamios*, 2011, p. 10), para lograr comprender un poco mejor las zonas fronterizas entre la literatura y las ciencias sociales, lo cual incluye no sólo la apertura al diálogo entre disciplinas, sino también el diálogo entre regiones geográficas.

PALABRAS CLAVE
Crítica literaria;
Ciencias Sociales;
desarrollo de las
Ciencias Sociales;
estudio literario;
interdisciplinariedad.

PALAVRAS-CHAVE
Crítica literária;
Ciências Sociais;
desenvolvimento
das Ciências Sociais;
estudo literário;
interdisciplinaridade.

KEYWORDS
Literary criticism;
Social Sciences;
development of
Social Sciences;
Literary study;
interdisciplinarity.

Recibido:
19/10/2021

Aceptado:
29/05/2023

En el sentido de lo antes dicho, el objetivo de este artículo es presentar y discutir las propuestas de dos autores brasileños para identificar sus aportaciones a la discusión sobre la relación entre las ciencias sociales y la literatura. Para ello se usará el trabajo de Antonio Candido y Silviano Santiago, pues su labor teórica se enmarca en esas zonas fronterizas entre disciplinas. Así, antes de llegar a ello, es preciso comentar el estado de esa discusión.

2. El debate interminable: antecedentes inmediatos de una vieja polémica

El debate entre críticos, escritores y científicos sociales lleva varios años existiendo. Cada uno de los actores que intervienen en el estudio de la realidad humana ha buscado su independencia frente a los demás, ya fuera por intereses académicos o políticos, la discusión siempre ha versado sobre definir el papel de cada uno frente al objeto literario. Con el objetivo de exponer, de forma general, el contexto en el que se insertan los aportes de la crítica brasileña se van a revisar dos obras que han definido la relación entre las ciencias sociales y la literatura en el mundo y el continente latinoamericano.

En primer lugar, uno de los grandes autores que dedicó parte de su trabajo a tratar la problemática de la división en el conocimiento fue el francés Michel Foucault (1968). Para el autor, era importante hacer un recorrido de la historia del conocimiento humano, por lo que dedicó algunas páginas de *Las palabras y las cosas* a caracterizar ciertos rasgos de las ciencias sociales. Una de las primeras tareas que ocuparon al autor fue la de reconocer que el nacimiento de las ciencias sociales estuvo condicionado por la falta de un campo bien delimitado: «La primera cosa que ha de comprobarse es que las ciencias humanas no han recibido como herencia un cierto dominio ya dibujado» (Foucault, 1968, p. 332). Al mismo tiempo, Foucault menciona que el nacimiento (y el desarrollo) de las ciencias sociales está condicionado por el contexto que les rodea: «No hay duda alguna, ciertamente, de que el surgimiento histórico de cada una de las ciencias humanas aconteció en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico» (Foucault, 1968, p. 333).

Así, su primera tarea como campo de estudios fue tratar de constituir su propio objeto frente a otras áreas del pensamiento humano como podrían ser la literatura o la filosofía, proceso que llevó a crear cierta animadversión hacia aquellos que no cumplieran con los estándares del grupo. En otras palabras, las ciencias sociales se construyeron a sí mismas en la diferenciación contra la literatura, las ciencias naturales y la filosofía.

Ahora bien, el nacimiento de las ciencias sociales provocó un cambio en la configuración del conocimiento humano, es decir, «Este acontecimiento se produjo él mismo en una redistribución general de la *episteme*» (Foucault, 1968, p. 333). Esta redistribución tuvo que abrir un lugar para las ciencias sociales, un lugar que estaba definido por su exclusión de las otras áreas del conocimiento. Los estudiosos que dieron forma a las ciencias sociales retomaron las bases epistemológicas de las otras áreas para definir la suya propia, y aunque al principio estuvieron altamente influenciados por las ciencias naturales, con el tiempo encontraron cierto grado de independencia.

Según Foucault, el hecho de que las ciencias sociales nacieran retomando partes de otros campos (matemática, filosofía y ciencias naturales) provocó que en su naturaleza se enraizara una indeterminación epistemológica, la cual se vio reforzada en su desarrollo:

Esta situación (en un sentido menor, en otro, privilegiada) las pone en relación con todas las formas del saber: tienen el proyecto, más o menos diferido, pero constante, de darse o en todo caso utilizar, uno u otro nivel, una formalización matemática; proceden según los modelos o los conceptos tomados de la biología, de la economía, y de las ciencias del lenguaje; se dirigen en última instancia a ese modo de ser del hombre que la filosofía trata de pensar en el nivel de la finitud radical, en tanto que ellas mismas quieren reconocer sus manifestaciones empíricas (Foucault, 1968, p. 335).

En sentido de lo anterior, las ciencias sociales se construyeron a sí mismas cruzando las fronteras de su propio campo y ocupando términos, métodos e ideas de los otros campos. Así, las ciencias sociales, desde la perspectiva de Foucault, nunca ocuparon ese lugar de estabilidad epistemológica que tanto se preocuparon por construir durante sus años de vida en el siglo XVIII y XIX. En realidad, lo que las ha definido es su propia indeterminación en este espacio, siempre en conflicto con otras áreas y en constante crítica de su propio campo. En este sentido, su relación difuminada con otras áreas del conocimiento: «Se trata de un hecho imborrable, ligado, por siempre, a su disposición propia en el espacio epistemológico» (Foucault, 1968, p. 344).

Las propuestas de Foucault forman parte de esa crítica que trató de hacer más flexible la rígida división entre las ciencias sociales y otras ramas del saber. La tesis central del autor es que esta búsqueda por lo interdisciplinario, por la transgresión de fronteras, no es nueva ni tampoco indeseable, pues en el origen mismo de las ciencias sociales está esa relación compleja con otras disciplinas. La obra de Foucault hace evidente que la relación teórica entre ciencias sociales y literatura no es tan extraña como se podría pensar.

Las ciencias sociales no han sido las únicas en reflexionar acerca de su relación teórica con otras áreas del conocimiento, también han existido autores que, desde la crítica literaria, han tratado de construir puentes de diálogo entre la literatura y las ciencias sociales. Un ejemplo de estos autores es el del peruano Antonio Cornejo Polar (1977), quien, en su libro de ensayos *Escribir en el aire*, discutió algunos puntos interesantes sobre el quehacer de la crítica y la relación que guarda con las ciencias sociales. La propuesta de Cornejo Polar nace como resultado de los procesos de crítica a la separación entre disciplinas, en los que «la crítica literaria problematizó su propio quehacer, descubriendo que no podía seguir realizándose sin una previa autorreflexión» (Cornejo, 2016, p. 105).

Esta autorreflexión, epistemológica en último momento, estaba centrada en discutir la relación de la crítica (y la literatura) con la dimensión social de la realidad. Esta relación, según el autor, provoca que la crítica literaria inmanente sea siempre incompleta, pues deja de lado fenómenos que, desde lo literario, aluden a contextos histórico-sociales. Así, la autorreflexión no se trata sólo de preguntarse por estos fenómenos, sino, también, por las bases mismas de la crítica literaria: «queda en claro muy pronto que lo que está en juego es el estatuto científico del discurso crítico, o si se quiere, la validez del conocimiento que propone y, en definitiva, la legitimidad de su existencia misma» (Cornejo, 2016, p. 105).

Ahora bien, el autor trata de encontrar un lugar intermedio entre el rigor científico, como se le entiende en las ciencias naturales, y la autonomía del objeto artístico. En el mismo sentido de lo anterior, Cornejo Polar advierte contra las pretensiones de rigor que han caracterizado al discurso inmanente los últimos años. El autor se opone a la idea de que la crítica literaria se conforme con estudiar exclusivamente el nivel formal del objeto literario sin indagar más allá:

Mucho se pierde si el rigor científico ilumina niveles finalmente accesorios, dependientes, y elude una y otra vez lo que es el fundamento de la literatura: su condición esclarecedora de la aventura terrenal del hombre. Se trata de afirmar lo que no debería haber dejado de ser evidente: las obras literarias y sus sistemas de pluralidades son signos y remiten sin excepción posible a categorías supra-estéticas: el hombre, la sociedad, la historia (Cornejo, 2016, p. 106).

Así, la obra literaria escapa al nivel de lo puramente formal o lo estético para adentrarse en terrenos de especulación. Según Cornejo Polar una crítica que se dedique sólo a estudiar lo que es evidente pierde todo su sentido y su potencial explicativo, pues su trabajo se reduce a señalar lo que todo el mundo puede ver. Así, para el autor «Es tarea principal de la crítica, descifrar el sentido de esa predicación cuyo sujeto primario es el mundo; en otros términos, revelar qué imagen del universo propone la obra a sus lectores, qué conciencia social e individual estructura y anima» (Cornejo, 2016, p. 107). Además, el autor es consciente de que a través de estas representaciones y categorías supra-estéticas la literatura entra en contacto con la realidad social, forma parte de ella y se integra en su estructura cultural.

Según lo anterior, la crítica que se limita al análisis formal «se olvida, al mismo tiempo, que la literatura es producción social, parte integrante de una realidad y de una historia nunca neutrales, y tal vez por eso se omite toda referencia contextual y todo discernimiento de valores» (Cornejo, 2016, p. 109). Sin embargo, el autor, a pesar de su predisposición a acercar la crítica literaria al terreno de las ciencias sociales, advierte sobre los peligros de reducir la literatura a un mero objeto histórico/sociológico: «No se trata de sociologizar el conocimiento de la literatura, y menos si por este camino la literatura termina siendo poco más que una fuente de comprobaciones para tesis ya establecidas en la explicación de un horizonte más vasto» (Cornejo, 2016, p. 110). Cornejo Polar, partiendo del hecho de que la literatura es un fenómeno social, también es consciente de que la crítica lo es. El trabajo de los críticos es ordenar el mundo literario bajo diferentes parámetros. Este ordenamiento implica valoración, la cual está condicionada por teorías, perspectivas, vivencias personales y estructuras ideológicas. En otras palabras, se trata de un fenómeno político y una práctica social. Así, la crítica literaria:

de alguna manera es también crítica ideológica y esclarecimiento de realidad, en cuanto define la índole de las imágenes del mundo que la literatura propone a los lectores y en cuanto determina las características de un proceso de producción que reproduce la estructura de los procesos sociales (Cornejo, 2016, p. 113).

La obra de Cornejo Polar fue tremendamente influyente en las décadas previas al siglo XXI, en especial para la crítica literaria latinoamericana. En más de un sentido, tanto los estudios de Foucault como los análisis de Cornejo Polar acerca de la relación entre la crítica y las ciencias sociales se presentan como ejemplo de una época que busca comprender, desde lo interdisciplinario, todas las problemáticas que giran en torno a la literatura y las sociedades en que se produce. Es, en definitiva, el vivo ejemplo de la polémica que ha rodeado tanto a Cândido como a Santiago, es decir, la pregunta por el propósito, el método y alcance de la crítica como ejercicio.

Así es como se llega al punto central de este artículo, es decir, ¿Qué propuestas y posibilidades se encuentran en la crítica literaria brasileña para explorar esta relación? Aunque existen cientos de críticos y escritores cuyo trabajo puede expresar aspectos de este problema, la obra de Antonio Candido y Silviano Santiago se presenta como uno de los puentes de diálogo más interesantes.

Antes de explorar tal diálogo es preciso anotar algunos detalles de la propia relación entre ambos críticos en el contexto literario de Brasil. En efecto, para discutir los puntos de encuentro entre la literatura y las ciencias sociales antes se debe exponer las polémicas que rodean la propia relación entre Cândido y Santiago.

En el sentido de lo antes dicho vale la pena decir que ambos autores son representantes, en más de un sentido, de la vieja rivalidad cultural entre las metrópolis Río de Janeiro y San Pablo (Estupiñán, 2017; Sússekind, 2004; Nunes, 2000). En efecto, la polémica que rodea a ambos autores se puede resumir en una rivalidad académica y crítica que se basa en las dos grandes tradiciones que han echado raíces en el campo literario brasileño (y en el resto del continente): la del marxismo y el estructuralismo. No obstante, se debe resaltar que si bien la obra de Santiago se nutre tanto del estructuralismo francés, como del formalismo, en realidad su propuesta se posiciona desde el postestructuralismo y la crítica postcolonial.

Al igual que sucede en los casos de Ángel Rama (*Literatura, cultura, sociedad en América Latina*, 2006) y Emir Rodríguez Monegal (*La nueva novela latinoamericana*, 2016), tanto Cândido como Santiago son herederos de dos tradiciones que se pueden ver como polos opuestos de la crítica literaria. Esto se puede observar en las obras de Silviano Santiago *A pesar de dependiente, universal* (1982) o *El cosmopolitismo de los pobres* (2012). En estos trabajos, Santiago hace una crítica a la propuesta dialéctica de Cândido, pues considera que, a pesar de estar bien fundamentada en términos teóricos (apelando a la necesidad de explorar la dimensión social de lo literario) es preciso cuestionar el método en sí, pues éste puede terminar homogeneizando la producción literaria brasileña con la «gran» tradición universal-europea:

La perspectiva de Cândido no es errada: creer que podemos tener un pensamiento autóctono autosuficiente, desprovisto de cualquier contacto «extranjero» es prácticamente una fantasía

nacionalista (...) Resta saber si los intelectuales brasileños no han insistido en defectos de método, a pesar de la corrección y de la justeza de su pensamiento. Es preciso, pues, tener cuidado con el método, con la táctica de abordaje de los objetos, en suma: con la estrategia de lectura de los textos afines (Santiago, 1982, p. 58).

Así, Santiago advierte de los peligros que esconde un uso indiscriminado de la racionalidad europea o la dialéctica marxista sin tener en cuenta el potencial colonizante de su aplicación; o dicho en sus propias palabras: «En ambos casos, se cae en las célebres artimañas del pensamiento colonizante, donde la racionalidad analítica o dialéctica deviene en una forma inevitable de la integración del indígena y del negro en un todo; la complementariedad opera aquí como un proceso de uniformación y totalización de la diferencia» (Santiago, 1982, p. 59). Otro tanto similar ocurre en la crítica que Santiago hace a los intelectuales de varias escuelas (curiosamente, coincidiendo con Cândido), entre estas, la marxista, que son incapaces de reconocer los peligros de este borrado del otro y la tendencia a la homogeneidad cosmopolita: “Todos los grandes artistas e intelectuales de la modernidad occidental, incluyendo a los marxistas, pasaron por la experiencia de la madeleine [...] El texto de la memoria transforma lo que parecía diferente y múltiple en igual” (Santiago, 2012, p. 311).

Como se puede observar, ambos autores abordan el objeto de la crítica desde perspectivas bien diferenciadas entre sí. No obstante, y a pesar de lo que puede parecer, los dos aportan claves importantes para dilucidar los posibles encuentros entre la crítica literaria y la teoría social. Así, vale decir que este brevísimo repaso por la histórica polémica entre ambos autores sólo busca dar cuenta de los espacios de enunciación de cada uno. O dicho de otro modo, antes de discutir sus respectivos aportes a la relación literatura-ciencias sociales, es necesario mediar, aunque sea brevemente, la relación entre ambos.

3. Antonio Candido: crítica literaria y sociedad

Antonio Candido fue uno de los principales críticos brasileños del siglo XX. Su pensamiento moldeó, en más de una forma, la crítica literaria latinoamericana. Entre sus aportes destacan la noción de estructura literaria y el análisis de la formación de las literaturas en Brasil. En este caso, el libro de ensayos *Literatura e Sociedade* (1965), contiene uno de sus textos más importantes en lo que se refiere a la relación entre la crítica literaria y las ciencias sociales titulado *Crítica literaria y Sociología*. En él, Antonio Candido no sólo recupera algunos de sus conceptos centrales para explicar la compleja relación entre disciplinas, sino que, al mismo tiempo, expone las implicaciones de esta relación y de qué maneras afecta la interpretación del crítico (centrando su análisis en la tríada crítico-obra-contexto).

Además, el autor comenta su visión acerca de la relación entre la literatura y la sociedad, argumentando que la obra literaria tiene como prioridad el valor estético y, sólo después, las representaciones sociales. Finalmente, no sobra comentar que la visión de Antonio Candido está situada desde el campo de la crítica literaria, lo cual quiere decir que sus aportes tratan de constituir una forma muy específica de crítica: una que se atreve a incorporar elementos de las ciencias sociales en sus análisis. Este ensayo de Antonio Candido se sitúa en medio del histórico debate entre el determinismo sociológico que «procuraba mostrar que el valor o el significado de una obra dependían de exprimirle un cierto aspecto de la realidad» (Cândido, 2006, p. 13) y los estudios inmanentes de la independencia artística en los cuales se postulaba que «la materia de una obra es secundaria, y que su importancia deriva de las operaciones formales puestas en juego, confiriéndole una peculiaridad que la vuelve desde un inicio independiente de cualquier condicionamiento» (Cândido, 2006, p. 13).

Oponiéndose a estas visiones de la crítica literaria, que a su parecer reducían el objeto literario de una u otra forma, el autor argumenta que «sólo podemos entender el texto y el contexto fundidos en una interpretación dialécticamente íntegra» (Cândido, 2006, p. 13). En este sentido, Antonio Candido se presenta con una visión ecléctica de las posibles relaciones entre las ciencias sociales y la crítica literaria, pues desde su perspectiva la complejidad de la literatura no permite encasillarla como mero objeto formal

o documento sociológico. El argumento central del autor es que los materiales literarios de orden «externo» (sociales, ideológicos, filosóficos etc.) se convierten en elementos «internos» cuando ellos mismos se vuelven elementos estructurantes de la obra literaria. En palabras del autor: «Sabemos, todavía, que lo *externo* (en este caso, lo social) importa, no como causa, ni como significado, sino como elemento que desempeña un cierto papel en la constitución de la estructura, tornándose, por lo tanto, *interno* » (Cândido, 2006, p. 14). Así, los elementos sociales que se puedan encontrar en una obra importan menos como datos que permitan relacionar dicha obra con su contexto que como elementos formantes de una estructura literaria.

Ahora, si bien es cierto que el autor aboga por una visión colaborativa entre disciplinas, también argumenta que es necesario hacer una «distinción de disciplinas» (Cândido, 2006, p. 14) entre la crítica literaria y la sociología. Esto es necesario pues el autor comenta que, a pesar de trabajar con un objeto y métodos comunes, el objetivo final de cada grupo, sociólogos y críticos, es diferente: «un tratamiento *externo* de factores *externos* puede ser legítimo cuando se trata de una sociología de la literatura, pues esta no propone la cuestión del valor de la obra» (Cândido, 2006, p. 14). En el sentido de lo anterior, lo que de verdad separa la labor del crítico y la del científico social es su relación con el *valor estético* de una obra: mientras que para el primero es el objetivo primario de su trabajo, para el segundo sólo tiene sentido frente al análisis social, es decir, en su relación estructural con otros elementos de ese orden.

El análisis de los elementos externos en una obra literaria se hace como parte del proceso crítico completo, mediante el cual se busca distinguir tanto el valor estético como el papel específico que adquieren dichos elementos en la obra literaria. Así, «Tomando el factor social, procuraríamos determinar si él sirve apenas como materia (ambiente, costumbres, trazos grupales, ideas), que sirve de vehículo para conducir la corriente creadora (...) o si, además, es elemento que actúa en la constitución, en lo que hay de esencial en la obra en cuanto obra de arte» (Cândido, 2006, p. 15). Se trata entonces, de distinguir la función concreta de los factores sociales en la obra literaria; pero eso no es todo: «El análisis crítico, de hecho, pretende ir más profundo, siendo básicamente la búsqueda de los elementos responsables del aspecto y el significado de la obra, unidos para formar un todo indisoluble» (Cândido, 2006, p. 16).

En este sentido, no se trata únicamente de identificar y clasificar los factores sociales, también se pretende analizarlos y explicarlos teniendo en cuenta la estructura literaria completa, la cual, a su vez «reposa sobre condiciones sociales que es preciso comprender e identificar, con el fin de penetrar en el significado» (Cândido, 2006, p. 16). Como se puede observar, Antonio Candido propone una lectura de ida y vuelta sobre los factores sociales, entendidos como elementos que estructuran la obra y que pueden ser interpretados bajo esa condición. Ahora bien, se trata de una concepción dialéctica de la relación literatura-sociedad, en la que los factores sociales actúan como materia literaria y factor estructurante de la misma.

El autor llega a su tesis inicial de esta forma, pues acercarse al texto asumiendo esta postura sólo puede hacerse desde una interpretación dialéctica de la obra literaria. Los elementos externos e internos se funden en el proceso creativo y separarlos resulta prácticamente imposible sin deshacer sus relaciones estructurales orgánicas. En otras palabras: «En este nivel de análisis, en el que la estructura constituye el punto de referencia, las divisiones poco importan, pues el juego se transforma, para el crítico, en levadura orgánica de la que resulta la cohesión diversa del todo» (Cândido, 2006, p. 17).

El elemento social se torna uno de los muchos que interfieren en la economía del libro, al lado de los psicológicos, religiosos, lingüísticos, entre otros; y aprehender estos factores que componen al texto sólo puede hacerse evitando caer en los quehaceres de la sociología, desde donde se busca relacionar la obra con su contexto para identificar las representaciones sociales y políticas, sin buscar su valor estético.

No obstante, Antonio Candido asegura que el crítico debe «utilizar libremente los elementos capaces de conducir a una interpretación coherente» (2006, p. 17), sin importar su origen, pues para estudiar la «interiorización de los datos de naturaleza social, convertidos en núcleos de elaboración estética» (Cândido, 2006, p. 23) necesita de una intervención multidisciplinaria.

En este sentido, los puntos de encuentro entre disciplinas se vuelven necesarios ya que la crítica, por sí misma, es incapaz de identificar y analizar los datos de naturaleza social que configuran la estructura literaria. Así, para el autor, «tenemos el efecto de una determinada visión de la sociedad actuando como factor estético y permitiendo comprender la economía del libro» (Cândido, 2006, p. 23); la cual sólo puede interpretarse en su totalidad con la intervención de otras miradas, ya sean historiográficas, sociológicas o psicológicas. Estas, a su vez, no pueden reducir la obra literaria a los datos sociales que la estructuran, pues de hacerlo la mirada crítica se desdibuja y se convierte en interpretación científicista que ignora el valor estético. Entonces, se trata de un ejercicio que parte de una «concepción de la obra como organismo que permite, en su estudio, tomar en cuenta y variar el juego de los factores que la condicionan y motivan; pues cuando es interpretado como elemento de estructura, cada factor se vuelve un componente esencial del caso específico» (Cândido, 2006, p. 24).

La crítica literaria que propone Antonio Candido busca terminar con el falso dilema que contrapone los estudios immanentes a la mirada sociológica dentro de la literatura. En este sentido, antepone la valoración estética a cualquier otro criterio, lo cual se traduce en asumir a la literatura como obra de arte y no como documento sociohistórico. Al mismo tiempo, el autor trata de reconceptualizar la relación existente entre la literatura y la sociedad, deshaciéndose de las teorías miméticas y deterministas, señalando la existencia dialéctica entre la estructura literaria y la estructura social.

Esta dialéctica se manifiesta en la incorporación de factores sociales como núcleos de creación estética, lo cual provoca un diálogo entre elementos de diferente orden dentro del texto, volviéndolos inseparables entre sí. Antonio Candido no sólo trató de resolver este dilema existente en la crítica literaria de mediados del siglo XX, sino que, del mismo modo, intentó constituir una crítica literaria específica latinoamericana a través de su mirada centrada en el contexto y el valor estético: como se mencionó anteriormente, sólo atendiendo al contexto social específico de la literatura se podrán desatar todos los significados que ella contiene.

Además, esta perspectiva promovió la colaboración entre la crítica y las ciencias sociales, construyendo un puente de diálogo abierto en el que ambos campos de estudio intercambian elementos de forma indistinta con el objetivo de comprender de mejor forma tanto a la literatura como al mundo que la rodea. Así, su propuesta se coloca en esa zona fronteriza entre disciplinas, tomando el indeterminismo epistemológico de las ciencias sociales como herramienta para adherir la labor crítica al análisis social en busca de comprender la relación entre la literatura y la sociedad.

4. Silviano Santiago: el entrelugar del discurso latinoamericano

Silviano Santiago es un crítico literario y escritor brasileño cuyo trabajo se enmarca en la crítica literaria decolonial. Su obra trata de repensar la crítica literaria con la intención de crear un sistema específico para la literatura latinoamericana, proceso que pasa por realizar una crítica al modelo colonial sobre el que se ha construido la academia y el campo literario. En el caso de este trabajo, la importancia de la obra de Santiago radica en su propuesta de reformular los objetivos de la crítica literaria, pues se trata de un ejercicio que pasa por plantear un posicionamiento epistemológico que toma en cuenta, no sólo la valoración estética, sino también el contexto sociopolítico desde el que se escribe y desde el que se configura el campo literario a través de la crítica. Así, Silviano Santiago parte de estudiar la realidad latinoamericana para repensar el estado de su literatura.

En el ensayo *El entrelugar del discurso latinoamericano* (1971), Silviano Santiago trata de dilucidar «el lugar que ocupa el discurso literario latinoamericano en la confrontación con el europeo» (Santiago, 2000, p. 63). Para lograrlo, el autor comienza analizando la relación entre los dos continentes, la cual está definida por una relación de colonizador y colonizado. Esta, a su vez, se traduce en una relación de superioridad económica y militar. Sin embargo, argumenta el autor, la historia oficial ha confundido (a veces, a propósito) el tipo de relación económica con una de tipo cultural. En otras palabras, confundiendo la superioridad económica y militar con una de tipo cultural, definiendo la conquista colonial como un tipo de conquista cultural. Así,

Santiago trata de cuestionar el concepto de superioridad en la relación entre Europa y América Latina, que, si bien es comprobable en el aspecto económico, no lo es en el espacio de la cultura: «en el momento mismo en que se abandona el dominio restringido del colonialismo económico, comprendemos que muchas veces es necesario invertir los valores de los grupos en oposición, y tal vez cuestionar el mismo concepto de superioridad» (Santiago, 2000, p. 64). En este sentido, retoma las investigaciones hechas por antropólogos y etnólogos cuyo argumento central trata de deshacer la concepción errónea de la superioridad cultural:

Desde el siglo pasado, los etnólogos, con el deseo de desmitificar el discurso condescendiente de los historiadores, concuerdan en señalar que la victoria del blanco en el Nuevo Mundo se debe menos a razones de carácter cultural que al uso arbitrario de la violencia, que a la imposición brutal de una ideología, como atestiguará la recurrencia de las palabras ‘esclavo’ y ‘animal’ en los escritos de los portugueses y españoles (Santiago, 2000, p. 62).

Aquí se puede observar cómo Santiago se posiciona desde el espacio entre la literatura y las ciencias sociales, no sólo porque retoma estudios y argumentos de las segundas, sino porque pone de manifiesto que es necesaria la colaboración entre disciplinas para repensar el fenómeno literario latinoamericano. En este sentido, para comprender el lugar de la literatura latinoamericana es necesario pasar por el análisis de su situación sociopolítica. Determinar el lugar de la literatura latinoamericana debe partir del estudio de las relaciones sociopolíticas de esa producción literaria, es decir, del estudio de las determinaciones estructurales que han formado ese lugar llamado América Latina.

El autor parte, entonces, de exponer los factores más importantes que han configurado la literatura latinoamericana. Y de entre todos ellos, rescata la imposición de la lengua como el más significativo, pues se trata de la constitución de la materia prima literaria por excelencia. En el caso de la colonización del continente, la expansión de las lenguas europeas estuvo relacionada con la evangelización. La palabra, desde su llegada, estuvo relacionada con la imposición de una fe específica, de un modo de vida y una forma de entender el mundo: «Instituir el nombre de dios equivale a imponer código lingüístico en el cual su nombre circula con evidente transparencia. Colocar juntas no solo la representación religiosa sino también la lengua europea» (Santiago, 2000, p. 67).

Por otro lado, la tarea de los conquistadores no era simplemente expandir una fe y una lengua, la intención detrás de todo era la de eliminar cualquier tipo de resistencia: «Evitar el bilingüismo significa evitar el pluralismo religioso y significa también imponer el poder colonialista. En el álgebra del conquistador la unidad es la única medida que cuenta. Un solo dios, un solo rey, una sola lengua: el verdadero dios, el verdadero rey y la verdadera lengua» (Santiago, 2000, p. 67). Este proceso de unificación religiosa y lingüística llevó a considerar a Latinoamérica como el espacio de una cultura subordinada: «lo inscribe, por la conversión, en el contexto de la civilización occidental, atribuyéndole incluso el estatuto familiar y social del primogénito» (Santiago, 2000, p. 68). Así, la producción literaria del continente pasó a ser una literatura *producto* de la influencia europea, carente de identidad propia y de valor independiente.

El autor expone a la crítica tradicional como ejemplo de esto, argumentando que su obsesión por las influencias de la literatura europea en las letras latinoamericanas es síntoma de la dependencia cultural. Este fenómeno, sin embargo, también se presentó en el mundo de la producción literaria, en las formas de los escritores que buscaron asemejar su literatura a la de los europeos: «América se transforma en copia, simulacro que se quiere cada vez más semejante al original, cuando su originalidad no se encontraría en la copia del modelo original sino en su origen, borrado completamente por los conquistadores» (Santiago, 2000, p. 68).

Ahora bien, la institución de una unidad en la colonia, como elemento estructurador de la vida en América, no puede existir como estructura aislada del resto de elementos contra los que lucha: «El renacimiento colonialista engendra a su vez una nueva sociedad, la de los *mestizos*, cuya principal característica es el hecho de que la noción de *unidad* sufre un giro, es contaminada» (Santiago, 2000, p. 68). Así, el proceso del mestizaje, antes herramienta de expansión y constitución se vuelve, poco a poco, un elemento discordante en el sueño de la unidad colonizadora.

Es de este modo que la literatura latinoamericana incorpora, en su producción, actitudes, elementos y referencias que desbaratan la pura asimilación de la colonización: «La mayor contribución de América Latina a la cultura occidental viene de la destrucción sistemática de los conceptos de *unidad* y de *pureza*» (Santiago, 2000, p. 69). La intención de este análisis por parte de Santiago no es sólo enumerar los factores que han moldeado la literatura latinoamericana, sino que al mismo tiempo busca señalar y delimitar el espacio desde que ella se produce. En otras palabras, el autor busca concienciar acerca del lugar de enunciación del escritor latinoamericano: en oposición al europeo, el autor latinoamericano proviene de una sociedad colonizada, mestiza y dependiente económicamente, lo cual define el lugar de su discurso literario. Y esta toma de conciencia, como ya se ha señalado, sólo puede cobrar sentido al observar las características sociopolíticas del continente de la mano de otras disciplinas, pues la literatura, por sí misma, no puede dar cuenta de todo ello.

Una vez expuesta la configuración histórica de la literatura latinoamericana, el autor se plantea la pregunta central de su ensayo: «¿cuál sería entonces el papel del intelectual hoy frente a las relaciones entre dos naciones que participan de una misma cultura, la occidental, pero en la situación en que una ejerce el poder económico sobre la otra?» (Santiago, 2000, p. 70). En primer lugar, según Santiago, se debe desechar el modelo crítico imperante, ese que basa su trabajo en rastrear las influencias como forma de valorar la literatura en América Latina: «es preciso de una vez por todas declarar la quiebra de un método que echó raíces profundas en el sistema universitario: las investigaciones que conducen al estudio de las fuentes o de las influencias» (Santiago, 2000, p. 70).

Desde la posición del autor, estos estudios no hacen más que señalar la dependencia cultural como atributo en las letras del continente, como si una obra fuera mejor o peor dependiendo de cuanto se acerque a la producción europea. Esto se debe, por otro lado, a que se piensa en la obra literaria de Europa como un objeto de mayor valor, relegando a la literatura latinoamericana a objeto desvalorizado en la medida en que su fuerza reside en la copia: «le otorga *a priori* un significado paralelo e inferior. El campo magnético [de la influencia] organiza el espacio de la literatura gracias a esa fuerza única de atracción que el crítico elige e impone a los artistas» (Santiago, 2000, p. 71).

En oposición a la vieja crítica, el autor propone una nueva forma de ejercer la labor del crítico en la que «establecerá como único valor la diferencia» (Santiago, 2000, p. 72). En otras palabras, se trata de estudiar y valorar la literatura latinoamericana en función de aquello que la hacía inferior desde la perspectiva europea, en función de aquello que le fue negado a partir de la imposición colonial, es decir, a partir del ejercicio de apropiación y transformación ejercido por los escritores de América Latina. Este ejercicio tiene su origen, según Santiago, en la forma de leer de los escritores del continente, es decir, de su estrategia de consumir las obras europeas: «la lectura, en lugar de tranquilizar al lector, de garantizarle su lugar de cliente que paga en la sociedad burguesa, lo despierta, lo transforma, lo radicaliza y sirve finalmente para acelerar el proceso de expresión de la propia experiencia. En otros términos, invita a la praxis» (Santiago, 2000, p. 72).

Así, los escritores latinoamericanos, producto tanto de su situación sociopolítica como de sus lecturas europeas, se han convertido en autores de obras que adoptan los estilos extranjeros para convertirlos en algo más, algo diferente de lo que eran: convierten la influencia en identidad. En palabras del autor: «lo desarticula y lo rearticula de acuerdo con sus intenciones, según su propia dirección ideológica, su visión del tema presentado inicialmente por el original» (Santiago, 2000, p. 73). En este sentido, los escritores latinoamericanos *utilizan* la literatura europea, se sirven de ella, pero no como la copia que buscaban ver los viejos críticos, sino como la rearticulación de una forma literaria dispuesta para expresar lo propio. Es por ello por lo que la nueva crítica de Santiago busca la diferencia como valor, porque es en ella donde se expresa la originalidad de la literatura latinoamericana:

Nuestro trabajo crítico se definirá ante todo por el análisis del uso que el escritor hizo de un texto o de una técnica literaria que pertenece al dominio público, del partido que él saca, y nuestro análisis se completará por la descripción de la técnica que el mismo escritor crea en su movimiento de agresión al modelo original, haciendo ceder las bases que lo proponían como objeto único y de reproducción posible (Santiago, 2000, p. 73).

Los espacios fronterizos entre la literatura y las ciencias sociales pueden adoptar muchas formas. Una de ellas, la más común, es la de servirse una de la otra. En este caso, Silvano Santiago retoma los estudios antropológicos para tratar de extrapolar la desmitificación histórica al campo literario, reclamando una reformulación de la labor crítica latinoamericana. Sin embargo, eso no es todo. Para el autor, la crítica es una práctica que ordena el mundo, la cual implica un lugar de enunciación, una clasificación conforme los valores de ese lugar y una serie de posturas políticas sobre lo que merece la pena ser recordado u olvidado.

En otro nivel, el ejercicio creativo implica, al igual que el de la crítica, reconocer el lugar desde el que se produce, con todas sus aristas sociopolíticas y esto sólo puede suceder al asumir la relación entre lo social y lo literario. En el texto de Santiago aparecen varias problemáticas que ya se han comentado en este trabajo: la relación entre la obra y el contexto, el papel de la crítica como práctica social, el papel del autor como categoría social, etc. No obstante, el autor agrega una nueva capa de complejidad al asunto cuando señala una homología entre las relaciones sociopolíticas de Europa y América Latina con las relaciones literarias de ambos continentes: el colonialismo existe también en el ámbito de la producción literaria bajo términos similares a los del espacio económico.

Este es su punto más importante, pues de él se desprende la certeza de que estudiar la literatura latinoamericana es, en cierto sentido, estudiar la relación colonial con la literatura y las ideas europeas. A lo que el autor responde afirmando que «en todo caso, una cosa es cierta: las lecturas del escritor latinoamericano no son nunca inocentes. No podrían serlo nunca» (Santiago, 2000, p. 74). La descolonización, en el sentido de lo hasta ahora dicho, es un proceso que implica, como demuestra Silvano Santiago en su ensayo, un ejercicio de colaboración entre disciplinas.

5. Consideraciones finales

El debate sobre la relación entre la literatura y las ciencias sociales está lejos de terminar, esto es así debido a la vasta complejidad de cada uno de los campos. Sin embargo, esto no significa que se deban evitar sus puntos de encuentro a toda costa, más bien es una invitación a repensar las formas tan variadas que puede adoptar el entrecruce teórico. Como bien afirmó Antonio Candido, la crítica literaria se sirve de infinidad de fuentes para lograr su cometido: no importa en realidad de donde vengan las ideas que le permitan al crítico interpretar de la mejor forma posible una obra mientras esto le sea funcional.

Del mismo modo, las ciencias sociales pueden adoptar perspectivas y herramientas de la crítica literaria para enriquecer sus análisis de la sociedad. Pero no sólo es algo provechoso, sino que es algo necesario. Silvano Santiago lo deja claro cuando afirma que la descolonización de la literatura latinoamericana atraviesa procesos que van más allá de la mera práctica escritural, ya sea crítica o creativa. El lugar que ocupa la literatura brasileña (y cualquier literatura en realidad) está íntimamente ligada con el lugar que ocupa su sociedad en el mundo contemporáneo.

En este sentido, los aportes de ambos autores (a pesar de venir de polos opuestos de la crítica literaria) permiten ver la necesidad de un diálogo vivo entre disciplinas, un puente de comunicación que sea capaz de articular todas sus complejidades sin caer en reduccionismos de un lado o de otro. Así, la crítica literaria brasileña, en este caso desde la dialéctica de Cândido y el debate postcolonial de Santiago, se presenta como una voz fundamental en la discusión en torno a los límites entre campos de estudio, en la constitución de la tradición crítica y académica de todo el continente y, sobre todo, como un espacio posible de acción que permita crear una zona fronteriza de libre paso entre tradiciones y países.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Candido, A. (2006). *Literatura e Sociedade*. Río de Janeiro: Ouro sobre Azul.

Estupiñán, M. L. (2017). Antonio Candido y/en "América Latina". *Revista Chilena de Literatura*, nº 97, 43-62.

Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Cornejo Polar, A. (2016). *Escribir en el aire: ensayos escogidos*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.

Presentación del dossier Espacios fronterizos: Literatura y Ciencias Sociales (2011). *Andamios*, 8(15), pp. 7-12. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S187000632011000100001&lng=es&tlng=es

Nunes, B. (2000). La crítica literaria en Brasil, antes y ahora. *Cuadernos Hispanoamericanos*, vol. 601-602, 53-67. Agencia Española de Cooperación Internacional.

Rama, A. (2006). *Literatura, cultura, sociedad en América Latina*. Ciudad de México: Trilce.

Rodríguez, E. (2016). La nueva novela latinoamericana. *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: celebrado en México D.F. del 26-31 de agosto 1968*, México, Asociación Internacional de Hispanistas. El Colegio de México, 1970, 47-63.

Santiago, S. (1982). A pesar de dependiente, universal. *Vale quanto pesa: ensaios sobre questões político-culturais* (pp. 51-61). Río de Janeiro: Paz e Terra.

Santiago, S. (2000 [1971]). El entrelugar del discurso latinoamericano. In A. Amante, & F. Garramuño. *Absurdo Brasil: polémicas en la cultura brasileña* (pp. 63-78). Buenos Aires: Biblios.

Santiago, S. (2012). El cosmopolitismo de los pobres. *Cuadernos de Literatura*, nº 32, 309-325.

Sarlo, B. (1983). Literatura y política. *Punto de vista*, nº 19, 8-12.

Süssekind, F. (2004). *Literatura e vida literária: polêmicas, diários & retratos*. Belo Horizonte: Editora UFMG.